

Rev. C. Harinck

Lectura: Romanos 1:28-32 y 3:9-20

Salterios:

Primer: 221:1,3

Segundo: 389:3,4

Tercer: 146:1-4

Cuarto: 362

Último: 65:2

Introducción.

Congregación, una vez, en el culto de instalación de un pastor en su nueva congregación, el anciano que le abordó le dijo: “Pastor, su trabajo aquí será fácil; la gente es buena aquí”. Después, en la sala del consistorio, el pastor dijo: “Temo que mi trabajo aquí será muy difícil porque tendré que decirles a estas personas que son impías y que solamente pueden ser salvas por la gracia de Dios y la sangre de Cristo”.

Así era el mensaje que Pablo predicó. Lo leemos en nuestro texto, que se puede encontrar en:

Texto: Romanos 3:19-20¹

“Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo se sujete al juicio de Dios, por cuanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de él; porque por la ley es el conocimiento del pecado.”

Tema: El Juicio de Dios Sobre el Hombre Caído²

1. El hombre es completamente malvado
2. El hombre es completamente impotente

Primer pensamiento. El hombre es completamente malvado.

Ningún libro de la Biblia ha jugado un papel más significativo en la historia de la iglesia cristiana que la epístola a los romanos. Agustín, mientras leía la última parte del capítulo 13, fue llevado al arrepentimiento y la conversión. Igualmente, Martín Lutero fue llevado a la luz del evangelio cuando leyó Romanos 1:16-17.

¹ Las citas bíblicas en este sermón son tomadas de la revisión de la Biblia *Reina Valera – SBT* de la Sociedad Bíblica Trinitaria. Puede leer esta versión de la Biblia aquí: <https://www.reinavalera.online> o encontrar más información acerca de esta revisión en el sitio web de la sociedad aquí: <https://sociedadbiblicatrinitaria.org/revision-reina-valera-1909/>.

² Este es el primer sermón de una serie de cinco sermones basados en Romanos 3.

Los reformadores reconocieron en esta epístola a los romanos un ejemplo de las verdades esenciales de la doctrina cristiana. La división triple característica de la Reforma de la miseria, liberación y gratitud se encuentra en Romanos. La epístola contiene el núcleo del evangelio, es decir, la justificación inmerecida de un pecador impío, la cual sucede solamente por la fe en Jesucristo.

Tendemos a considerar la epístola a los romanos como una epístola bastante difícil, y a menudo encontramos los sermones de esta carta difíciles de entender. Sin embargo, esto podría decir más sobre nuestra falta de interés que sobre la epístola a los romanos.

Pablo escribió esta epístola a personas que recientemente habían llegado a la fe en Cristo. En ella, aborda la joven congregación cristiana en Roma. El propósito de esta epístola es explicar el evangelio de Cristo a cristianos recién convertidos. En el primer capítulo, Pablo dice que preferiría hacerlo cara a cara. Ya había intentado viajar algunas veces a Roma, pero hasta el momento había sido inhibido de llegar allí. Dice que desea fervientemente encontrarse con ellos y espera que en el futuro Dios le conceda la oportunidad de realizar ese deseo. Mientras tanto, desea exponer la doctrina a través de esta carta, para que ellos también sean fortalecidos en su fe en que Jesús es el Cristo destinado para venir a este mundo.

Vemos en esta carta que el apóstol Pablo reconoce la importancia de la congregación de Roma. Roma era el centro del mundo en esa época. No era solamente que todos los caminos guiaban hacia Roma, sino que la influencia radiaba desde Roma a todos los demás países del mundo conocido. El apóstol se dio cuenta de la suma importancia de establecer esa congregación en particular en la fe cristiana.

El apóstol desea convencer a la joven congregación de Roma de la gloria del mensaje del evangelio. No es meramente una nueva filosofía, una de las muchas nuevas ideas promocionadas en ese tiempo. No, el evangelio es el único camino de la salvación para un mundo caído. Él llama la proclamación de la salvación solamente por la fe en Cristo crucificado un *“poder de Dios para salvación”* (Romanos 1:16). Hay poder en ese mensaje: poder para salvar a los pecadores de la destrucción. Es por eso que él dice: *“Porque no me avergüenzo del evangelio de Cristo, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree”* (Romanos 1:16).

Solamente el evangelio puede salvar a los pecadores perdidos. Por lo tanto, Saulo de Tarso, el brillante joven teólogo judío que incluso se sentaba a los pies del famoso maestro judío Gamaliel, no se avergüenza del mensaje del evangelio.

La mayoría de los creyentes en Roma habían sido criados en el judaísmo. Sus hermanos, los judíos, hablaban con desdén de la fe en un Mesías crucificado. Después de todo, razonaban,

alguien crucificado no podía ser el verdadero Mesías. Por eso, la significativa comunidad judía que vivía en Roma despreciaba a los judíos que creían que el Jesús crucificado fuera el Mesías.

Por esa razón, había verdadero peligro de que los judíos que se habían convertido al cristianismo tuvieran vergüenza de su fe en el Mesías crucificado. Sin embargo, el evangelio no es un mensaje de que debemos avergonzarnos. Es el único medio de la salvación para un mundo perdido. Por eso, Pablo quiere convencer a la joven congregación de la gloria del evangelio de Jesucristo.

¿Cómo lo hace? ¿Qué método emplea? ¿Cómo lo aborda? Primeramente, declarando que todo pueblo ha pecado y que todo el mundo ha llegado a ser culpable delante de Dios. Es por eso que el mundo necesita desesperadamente el evangelio del Jesús crucificado.

Fácilmente podríamos comenzar a criticar el enfoque de Pablo, diciendo: “¿Qué método es ese para llegar a la gente con el evangelio? ¿Debería hacerlo así? ¿Tiene que comenzar con la miseria del hombre? ¿Tiene que comenzar destacando que el mundo entero está condenado ante Dios? ¿No sería mejor comenzar diciéndoles que Dios los ama y que Jesús ha muerto por ellos?”

Sin embargo, el apóstol es un mejor evangelista que nosotros. Él quiere entresacar la preciosidad y la gloria del mensaje del evangelio; esto solo se puede hacer poniéndolo ante el fondo negro de la culpa y miseria de la raza humana.

Un misionero o evangelista puede estar tentado a pensar: “Comenzaré hablando mucho acerca del amor de Dios y esperaré para abordar el pecado hasta más tarde”. Sin embargo, si no comenzamos con el pecado y la miseria del hombre, no podremos llegar al núcleo del mensaje bíblico. Por esa razón, el apóstol comienza con el pecado del hombre caído.

Pablo comienza describiendo la sociedad greco-romana de ese entonces. De hecho, él describe lo que observa a su alrededor. ¿Qué vio Pablo? Él reporta: *“estando llenos de toda injusticia, de fornicación, de malicia, de avaricia, de maldad; repletos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaños, de malignidades; murmuradores, aborrecedores de Dios, detractores, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia”* (Romanos 1:29-31). Él ve a su alrededor una sociedad corrupta y perversa, llena de inmoralidad, especialmente en cuanto a los asuntos sexuales. Es un mundo donde las relaciones homosexuales eran comunes, un mundo donde no había espacio para los discapacitados y ancianos, un mundo sin amor natural. Es un mundo sin piedad, cruel, egoísta, en el cual la gente vive solamente para “el pan y circo”, es decir, sus propios placeres sin límite.

¿Qué había causado que el mundo gentil llegara a un estado tan depravado? El apóstol da en el clavo cuando se refiere a aquellos que *“detienen la verdad con injusticia”* (Romanos 1:18). Este

era el pecado cardinal del cual originaban todos los demás pecados. Ellos habían suprimido intencionadamente la verdad sobre Dios y se habían negado a reconocerla, aunque Dios se había dado a conocer a ellos en la naturaleza y en sus conciencias. Ellos sabían lo que era bueno y malo; sin embargo, a pesar de este conocimiento, negaron a reconocerlo u honrarlo como Dios. En su lugar, hicieron para sí ídolos, dioses diseñados según sus propios gustos.

Fue por eso, dice el apóstol, que *“Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer lo que no conviene”* (Romanos 1:28). Dios los entregó a sí mismos, los abandonó y no los contuvo más.

Como consecuencia, ¿qué había sido del mundo? El mundo pagano se hundió en la inmoralidad, la crueldad y el comportamiento sexual innatural. Catorce de los quince emperadores romanos eran homosexuales, y algunos de ellos eran abiertamente pedófilos. Estimaban la intimidad sexual entre varones como mayor que la intimidad sexual entre el esposo y esposa. Así es como se veía el mundo en el tiempo de Pablo. ¡Qué asunto más relevante! Es como si describiera nuestro mundo de hoy, porque así es como parece nuestro mundo.

Pero el mundo de los judíos no era mucho mejor. A eso apunta Pablo en el capítulo 2. Por ejemplo, en el versículo 18, él dice que, *aunque* sabían la voluntad de Dios y eran instructores en la sabiduría de Dios, aún guías de los ciegos (así de mucho sabían los judíos sobre Dios y sobre el bien y el mal; sabían mucho más que los gentiles), *sin embargo*, dice el apóstol, no vivían conforme a su conocimiento. Ellos ensañaban a otros a no cometer el adulterio, pero ellos mismos cometían adulterio. Predicaban a otros que el hurto era malo, pero ellos mismos lo hacían. Aborrecían la idolatría; sin embargo, ellos mismos sacrificaban a los lisiados y los enfermos.

La conclusión de Pablo es: *“Porque el nombre de Dios es blasfemado por causa de vosotros entre los gentiles”* (Romanos 2:24). Los gentiles habían dicho de los judíos: “Considérenlos: son codiciosos, nada confiables y engañosos, así que su religión tampoco puede valer mucho”.

¡Aquí se pone un espejo ante nosotros! Porque, ¿cómo parecen nuestras vidas religiosas, nuestras vidas cristianas? ¿No se blasfema el nombre de Dios a causa de nosotros también? ¡Cuán a menudo les damos causa a los incrédulos para poder decir: “¿Esta gente supuestamente es cristiana? ¿Mantienen que conocen a Dios y son mejores que nosotros? La verdad es que son menos confiables y demuestran menos compasión que aquellos que no creen en Dios”!

El apóstol finaliza su veredicto al judío con una pregunta: *“¿Qué, pues? ¿Somos mejores que ellos?”* Y su respuesta es: *“No, ‘en absoluto’”* (Romanos 3:9).

Su conclusión es: *“porque ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado”* (Romanos 3:9). Todos están bajo el pecado, tanto el judío como el gentil. Todos están bajo el

poder y la corrupción del pecado. Todos son pecadores, transgresores de los buenos mandamientos de Dios. La raza humana está perdida en el pecado y la culpa. El mundo del hombre es un mundo de gente impía, hacedores de maldad, odiadores, necios, mentirosos, asesinos y alborotadores.

Este juicio se basa en hechos. El apóstol levanta evidencias para comprobar lo que dice. Encontramos estas pruebas en Romanos 3:10-18. Este pasaje contiene una larga lista de acusaciones contra los judíos y los gentiles. De hecho, es un catálogo de los pecados.

El apóstol comienza diciendo: *“No hay justo, ni aun uno”* (vs. 10). Entre judío y gentil no hay ninguno justo ante Dios. Ninguno hace lo que es justo y bueno a Su vista.

Él continúa diciendo: *“No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios”* (vs. 11). Dentro de todo el pueblo no hay ni uno que posea el entendimiento para decir: “Debe haber un Dios; debe haber un Creador que ha hecho todas las cosas”. La triste realidad, sin embargo, es que no hay ni una persona suficiente sabia para hacer esta observación y, consecuentemente, no hay ni una que busque a Dios. Todos exclaman: “No hay un Dios, no hay tal cosa como un alma, no hay un infierno ni un cielo. Nada de esto existe”. Consecuentemente, como dice el apóstol: *“no hay quien busque a Dios”*. ¡Qué terrible! Esta es una de las observaciones más tristes que hace la Biblia. El mundo en que vivimos es un mundo que ya no busca a Dios.

Luego, el apóstol dice: *“Todos se apartaron, a una fueron hechos inútiles”* (vs. 12). Todos se han desviado del camino correcto; todos están en el camino incorrecto ahora. *“A una fueron hechos inútiles”*. Eso quiere decir que ya no cumplen el propósito por el cual Dios ha creado al hombre. Han llegado a ser inútiles, improductivos y no sirven para nada.

La lista de evidencias de la pecaminosidad del hombre sigue. El apóstol dice: *“Sepulcro abierto es su garganta; con sus lenguas tratan engañosamente; veneno de áspides hay debajo de sus labios”* (vs. 13). Cuando la gente abre su boca, es como si el olor fétido de un sepulcro abierto saliera. ¡Qué mentira, engaño, impureza y suciedad salen de su boca! *“Su boca está llena de maldición y de amargura”* (vs. 14). La gente se maldice con maldiciones horribles.

“Sus pies son ligeros para derramar sangre”, dice el apóstol. Las huellas del hombre aquí en la tierra están típicamente compuestas de asesinato, homicidio y la violencia de la guerra. Desde que salió del Paraíso, el hombre deja atrás un rastro de sangre en este mundo. El mundo, por así decirlo, está empapado con la sangre de guerras y destrucción.

“Y no conocieron camino de paz” (vs. 17): el camino a la paz y la reconciliación es un camino no conocido por el hombre caído.

“No hay temor de Dios delante de sus ojos” (vs. 18): no estiman a Dios y no respetan Sus mandamientos.

Es una larga lista de acusaciones contra los gentiles. Pero no solo contra los gentiles, sino también contra los judíos. Esta acusación es, de hecho, muy seria, congregación. ¡Una acusación contra la humanidad, una acusación contra ustedes y contra mí!

Finalmente, el apóstol concluye con: *“Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo se sujete al juicio de Dios”* (vs. 19). Esta es la última conclusión, el veredicto pronunciado por la Torá, la Palabra de Dios, contra judío y gentil. Todos están bajo las demandas de la ley de Dios y son mantenidos responsables de vivir y actuar según ella. Debido a sus pecados y transgresiones, el mundo entero queda sujeto al juicio de Dios. El mundo entero es culpable delante de Dios. La palabra griega que utiliza Pablo en esta frase proviene del ámbito judicial. Después de una debida investigación judicial, el culpable es juzgado. El apóstol ha examinado el caso del hombre, ¿y cuál es el veredicto? Él lo declara: *“Todo el mundo es culpable ante Dios”*.

Congregación, esto es lo que Pablo deseaba que los jóvenes cristianos en Roma creyeran y confesaran. Y Dios quiere que ustedes y yo lo creamos también. Estamos llamados a creer que somos ese hombre que no busca a Dios, que somos aquel hombre que ha llegado a ser inútil, ese hombre cuya garganta es un sepulcro abierto. El apóstol quiere que nos demos cuenta de que somos injustos y que no tememos a Dios.

“Para que todo el mundo se sujete al juicio de Dios”. Hay otra frase conectada con esta: *“Para que toda boca se cierre y todo el mundo se sujete al juicio de Dios”*. Nadie puede contradecir este veredicto. Las evidencias que el apóstol ha enumerado nos hacen incapaces de desafiarlo. Todas las bocas de las personas están cerradas.

Nuestra boca, sin embargo, no se cierra tan fácilmente. No nos quedamos sin palabras tan rápidamente. El hombre moderno, en particular, tiene una opinión sobre cada asunto y una respuesta lista para casi todo. Cuando se declara algo, bien pronto se oye la respuesta: *“Yo pienso diferente sobre este asunto”* o *“No creo que sea como usted lo ha dicho”*. Especialmente cuando se trata de la cuestión de la culpa, somos rápidos en señalar a otro o a otra cosa como el culpable. Pero el apóstol quiere que se cierren todas nuestras bocas y que todo el mundo quede culpable bajo el juicio de Dios.

El mundo no lo puede aceptar. El mundo gentil no puede, pero tampoco el mundo religioso. Simplemente escuchen lo que dice el mundo acerca de Dios cuando suceden desastres naturales. El mundo critica a Dios y abiertamente dice o escribe: *“Si hay un Dios, o no es todopoderoso o*

es malvado. Si Dios no puede frenar el mal (este desastre), entonces no es omnipotente. Si Dios puede hacerlo, pero no quiere, entonces es malvado”.

La boca del mundo no se cierra tan fácilmente. La gente se atreve a abrir bien sus bocas y a criticar abiertamente a Dios. Sus bocas no están cerradas. De lo contrario, ¡las abren bien!

Sin embargo, la boca del mundo religioso tampoco se cierra tan fácilmente. ¡El hombre religioso se opone hasta lo último al mensaje que el mundo entero es culpable ante Dios! “¿Por qué sería yo culpable y condenable? Yo intento vivir según los mandamientos de Dios lo más que puedo. Yo oro por la conversión y mantengo las verdades de la Biblia. ¿Cómo puedo ser considerado responsable de ser inconverso y no tener la fe verdadera? La conversión, después de todo, es una obra de Dios y la fe es un don de Dios, ¿no es así? ¡No me pueden considerar responsable por el hecho de que no tengo fe y que soy inconverso! Además, ¿no hay una elección de Dios? Dios demuestra misericordia a quienes quiere y a quienes quiere Él endurece, ¿no es así?” ¡Cuán atrevido puede ser el hombre religioso al abrir su boca contra Dios!

Sin embargo, el apóstol quiere que se cierre nuestra boca y que dejemos de argumentar, para que solamente queden estas palabras: *“Mis pecados confieso, culpa yo siempre siento”* (Salterio 140:2). Solo esto se quedó para el hijo pródigo también cuando encontró a su padre. Él confesó: *“Padre, he pecado contra el cielo y ante ti”* (Lucas 15:18).

¿Cuándo llegamos a este punto? Es cuando el Espíritu Santo nos muestra el espejo de Romanos 3 y comenzamos a ver: “Yo soy aquel hombre”, “Yo soy aquella mujer”, “Yo soy ese niño” o “Yo soy esa niña” de quien se dice: *“No hay justo, ni aun uno”* (vs. 10). Yo soy aquel de quien se dice: *“No hay quien busque a Dios”* (vs. 11). Se aplica a mí cuando dice: *“No hay temor de Dios delante de sus ojos”* (vs. 18).

Cuando Dios así nos muestra el espejo, nos vemos a nosotros mismos tal como Dios nos ve y como Él siempre nos ha visto, desde el momento de nuestro nacimiento. Pero entonces nosotros lo vemos. Se abren nuestros ojos para ver quiénes somos ante Dios, es decir: injustos, necios, inútiles, pecadores que nunca han honrado ni buscado a Dios, su Creador, gente que no ha conocido el camino de paz.

La larga lista de acusaciones de Romanos 3 nos condena personalmente. Como resultado, se cierra nuestra boca y nosotros, junto con el mundo, somos declarados culpables delante de Dios.

Esta, entonces, es la primera cosa de la que el apóstol deseaba que la joven iglesia de Roma fuera claramente consciente. De esto tenían que darse cuenta principalmente. Tenían que saber que ellos, junto con todo el mundo, eran culpables ante Dios.

La segunda cosa que deseaba enseñarles era esto: *“por cuanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de él”* (vs. 20). Esto deseamos considerar en nuestro segundo pensamiento:

Nuestro segundo pensamiento. El hombre es completamente impotente.

Pablo no solo quería que los miembros de la iglesia de Roma fueran convencidos de su estado condenable ante Dios, sino que también supieran que el hombre, debido a su estado condenable, es incapaz de salvarse a sí mismo. Su conclusión es: *“por cuanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de él; porque por la ley es el conocimiento del pecado”* (Romanos 3:20).

La epístola a los romanos está llena de palabras como “por cuanto”, “pero” y “porque”. Estas palabras forman conexiones lógicas con lo que antecede. Es un método particular de la manera judía de debatir. Pablo conocía este método, como aparece también aquí. Después de su largo discurso sobre la pecaminosidad del gentil y después del judío, él llega a una conclusión. Él dice: *“Por cuanto”—debido al pecado y corrupción del hombre—“por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de él”*.

Aquí nos encontramos con algunos conceptos muy importantes tal como aparecen en la epístola a los romanos. En primer lugar, está el concepto de “las obras de la ley”, obras consistentes con la ley de Dios. También, el apóstol habla de “carne”. Ese es el término que Pablo utiliza en la epístola a los romanos para retratar al hombre en su pecado. El hombre es “carne”, es decir, corrupto por su pecado. Luego, Pablo habla de “ser justificado” ante la vista de Dios. Esto quiere decir que Dios declara inocente y absuelve de culpa y condenación.

La conclusión de Pablo es que, porque somos “carne”, pecaminosos y corruptos, ninguno puede ser declarado inocente a la vista del Dios de los cielos y la tierra por las obras de la ley. Del pozo amargo de la corrupción humana, ninguna virtud puede surgir para justificarnos ante Dios.

¿Por qué las obras de la ley no pueden lograr esto? ¿Por qué no podemos ser salvos por las obras de la ley? Porque, como dice Pablo: *“porque por la ley es el conocimiento del pecado”*. En otras palabras, la ley no es un medio para la salvación, y la ley no salva ni redime. ¡Al contrario! La ley señala nuestros hechos, palabras y pecados malvados como pecado.

Resultó ser el gran error de los judíos considerar la ley como un medio de salvación, la Torá como una escalera para ascender al cielo. Buscaban ser justificados ante Dios por las obras y hechos de la ley. Consideraban la ley como un medio para ser salvos de la culpa y miseria humanas. En este sentido, no tenían el conocimiento correcto de la ley, dice Pablo. No entendían que la ley señala los pecados del hombre pecaminoso, lo acusa, y lo condena.

Más antes, en el Paraíso, el camino de la ley, el camino de guardar los mandamientos de Dios, era un camino por el cual el hombre podía adquirir justicia. Dios prometió recompensar a quienes guardaran Su ley con la vida eterna. Pero este camino ya no es accesible. No porque la ley y la promesa de la ley se hayan cambiado, sino porque nos hemos convertido en “carne”, es decir, en un pueblo pecador. El hombre no puede hacer otra cosa que transgredir continuamente la ley de Dios, debido a la caída en el pecado y la corrupción de su naturaleza. Ha llegado a ser impotente para cumplir lo que la ley le exige. Por esa razón, no puede ser salvo por guardar la ley.

La ley no trae consuelo al hombre pecador. Más bien, le da el conocimiento del pecado. La ley nos enseña que servir a los ídolos, despreciar a nuestros padres, robar, mentir y cometer adulterio es pecado. La ley no es un camino hacia la salvación; es un acusador y juez de los actos pecaminosos del hombre.

Los judíos consideraban la ley como un medio de salvación. Tristemente, esta sigue siendo la enseñanza judía. Aún consideran la ley como una escalera para ascender al cielo. Sin embargo, este error no es exclusivo de ellos. Es un error común. Es una creencia común que observar seriamente la ley y mejorar nuestras vidas puede hacernos justos ante nuestro Creador. Pero la ley no es un medio de salvación, dice el apóstol. ¿Por qué no? Porque, como señala: *“por la ley es el conocimiento del pecado”* (vs. 20).

La pregunta surge: ¿por qué el apóstol quiere que el pueblo de Roma sepa esto? ¿Por qué enfatiza tanto que la ley no es un camino a la salvación? Ha señalado que tanto el judío como el gentil son pecadores ante Dios. Ha concluido que todos están bajo pecado y así el mundo entero, tanto el judío como el gentil, es culpable y condenable ante Dios. ¿Por qué es necesario añadir que la ley no nos puede salvar?

Lo hace para que tanto los cristianos en Roma como nosotros entendamos que es imposible salvarnos a nosotros mismos. El hombre no solo es culpable, sino también impotente para salvarse. Una y otra vez, se hace evidente en la epístola a los romanos que Pablo considera esta verdad de suma importancia. Quiere impresionarnos con el hecho de que no podemos salvarnos por nuestros propios esfuerzos.

El apóstol considera que estos dos asuntos son esenciales: primero, que nuestra boca se cierre y que reconozcamos que el mundo entero es culpable ante Dios. Nuestra boca debe cerrarse. Debemos dejar de criticar a Dios, justificarnos e inventar excusas. Cuando lo hacemos, mostramos que estamos convencidos de nuestro pecado y que nuestra boca se ha cerrado. Ya no levantaremos objeciones contra las acusaciones que la Palabra de Dios presenta contra nosotros. Nos ponemos del lado de Dios y confesamos que Su juicio sobre el pecado es justo.

Como dice Lutero: “Declaramos a Dios justo en Su juicio sobre nuestros pecados”. “Y”, él continúa, “Cuando así justificamos a Dios, Él nos justifica a nosotros”. Declararse culpable y aceptar el juicio de Dios es el camino al perdón y la absolución.

En segundo lugar, Pablo también quiere que entendamos que no hay salvación por la ley. La ley no es una escalera al cielo. ¡Ciertamente, esta es una lección esencial para la vida experiencial de la fe!

Pablo considera necesario compartir con nosotros lo que él mismo ha aprendido: que la ley no puede salvarnos. Habla de su propia experiencia cuando dice: *“Así que yo sin la ley vivía en un tiempo; mas al venir el mandamiento, el pecado revivió y yo morí”* (Romanos 7:9). Nos cuenta que, en su ceguera espiritual, creía por un tiempo que la ley era un camino hacia la salvación. Nosotros también lo creemos, así demostrando nuestra ceguera y necedad. Cuando un pecador comienza a preocuparse por sus pecados y su estado perdido, a menudo recurre a la ley con la esperanza de encontrar paz con Dios, tratando de mejorar su vida y observar seriamente los mandamientos de Dios. Tristemente, muchos se quedan ahí; se preocupan por sus pecados, pero se han tranquilizado con un cambio superficial en su estilo de vida.

Con Pablo, sin embargo, fue diferente. Cuando él entendió, realmente entendió, lo que la ley le exigía, el pecado revivió en él. Aquellos pecados que había enterrado bajo una vida piadosa y legalista salieron a la luz a través del espejo de la ley. Revivieron, por así decirlo. La consecuencia fue que él murió al intentar encontrar la salvación por medio de las obras de la ley.

Esa es también la experiencia de todos los que huyen a la ley con corazones turbados. Pero el mandamiento que antes parecía un camino a la vida se convierte en un camino de muerte para ellos. La ley revive el pecado; es un espejo que revela cada vez más lo que somos. El apóstol dice que la ley le enseñó que todos sus deseos y pensamientos pecaminosos, aunque quizás nunca se convirtieran en acciones, sin embargo, son pecado ante Dios. Él dice acerca de ello: *“porque tampoco habría conocido la concupiscencia, si la ley no dijera: No codiciarás”* (Romanos 7:7).

A través de la ley y su demanda de perfecta obediencia, comprendemos cada vez más que por la ley ninguna carne será justificada ante Dios. Después de todo, somos todos “carne”, completamente incapaces de hacer el bien e inclinados a toda perversidad. El hombre está perdido y sin esperanza. Es culpable ante Dios, su Creador, e incapaz de salvarse a sí mismo.

Estos son dos asuntos importantes que el apóstol quiere que sepamos. ¿Por qué? ¿Por qué quiere asegurarse de que los cristianos en la congregación de Roma comprendan completamente estos dos temas? Por esta razón: para que, a través de esta comprensión, también entiendan el evangelio de la salvación, el evangelio del cual escribió en Romanos 1:16: *“Porque no me avergüenzo del evangelio de Cristo, porque es poder de Dios para salvación a*

todo aquel que cree; al judío primeramente y también al griego". Este es el evangelio que describe en el versículo 17 del capítulo 1: *"Porque la justicia de Dios se revela en él de fe en fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá"*.

El apóstol quiere que lleguen al conocimiento del evangelio que proclama que un pecador culpable, condenable, impotente y perdido se salva únicamente por el camino de confiar en Cristo crucificado. Pablo desea guiarlos en el misterio de la justificación del impío solamente a través de la fe en Jesucristo, como expresa en Romanos 1:17: *"de fe en fe"*, es decir, solamente a través de la fe, desde el principio hasta el fin.

Cantemos ahora del Salterio 362.

Congregación, hemos prestado atención al juicio de Pablo sobre el mundo en que vivía. Imputó cargos a judíos y a griegos. Quizás uno comente: "Bueno, solo fue el veredicto de Pablo". Sin embargo, no fue meramente el juicio de Pablo. Es el juicio de Dios sobre el hombre caído. La lista de cargos presentados contra los judíos y griegos proviene de Salmo 14, donde leemos: *"Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido que buscara a Dios"* (Salmo 14:2). La conclusión fue: *"Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga el bien, no hay ni aun uno"* (Salmo 14:3).

El veredicto de Pablo se basa en la investigación de Dios. Los hechos prueban que el hombre es un pecador. La lista de cargos se presenta en la sala del tribunal: *"No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se apartaron, a una fueron hechos inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni aun uno"* (Romanos 3:10-12). Es indiscutible; la evidencia es innegable y, por lo tanto, la boca de todos los que contradicen está cerrada y todo el mundo es declarado culpable ante Dios.

Sin duda, es un mensaje triste. Pero también es un mensaje que no puede ser silenciado. ¿Qué pensarían de un hombre que ve a la gente caminar hacia un acantilado empinado y los deja pasar sin advertirlos? ¿Qué pensaría Dios de un siervo que guarda silencio sobre el mensaje de Romanos 3? ¿O de una iglesia que lo ignora?

No podemos permanecer en silencio: todo el mundo es culpable ante Dios. Es un punto de partida esencial para obtener una comprensión clara del evangelio. Sin el mensaje de Romanos 3, Gólgota queda en un vacío y no entendemos verdaderamente lo que el Hijo del Hombre vino a hacer. Fallamos en comprender la esencia del evangelio que proclama: *"Porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no imputándole sus pecados, y puso en nosotros la palabra de la reconciliación"* (2 Corintios 5:19).

Jóvenes y niños, es por esta razón que no debemos ocultarles este mensaje. Debemos contarlos: el mundo entero es culpable ante Dios. Que este mensaje nos lleve a considerar el evangelio de Dios como una noticia preciosa y de incalculable valor, y que busquemos nuestra salvación solamente en Cristo. Con este propósito en mente, Pablo escribió a la congregación de Roma y deseaba guiarlos a Cristo y a un entendimiento más profundo del evangelio.

Quizás pensemos que Pablo eligió un método extraño para alcanzar esta meta. Quizás digamos: “¿Cómo podemos explicar esto al hombre moderno del siglo veintiuno? ¿Realmente creen que la gente escuchará un mensaje como este, que el mundo entero es culpable ante Dios? ¿Cómo hacemos llegar este mensaje a personas separadas de Dios y de Su Palabra? ¿Cómo lo vendemos a los jóvenes?”

De hecho, es muy sencillo. Uno solo necesita mirar a su alrededor y observar el mundo en que vivimos. ¿Qué tipo de sociedad vemos? La misma que vio Pablo. Un mundo que no busca a Dios, un mundo en el cual ninguno es justo, un mundo de personas cuya boca está llena de maldición y de amargura, cuyos pies son ligeros para derramar sangre y que dejan atrás un rastro de destrucción y miseria. Es el mundo de Romanos 3 y es nuestro mundo. Es un mundo culpable ante Dios debido a la injusticia.

En tal mundo Pablo deseaba proclamar el evangelio. Para tal mundo, él tenía un mensaje de salvación: el evangelio de Dios, quien en Cristo ha reconciliado al mundo consigo mismo. No fue un mensaje como: “Haz tu mejor esfuerzo, y te irá bien”. Más bien, fue la proclamación de que nada puede salvar al pecador del juicio salvo la fe en Jesucristo solamente, *“quien fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”* (Romanos 4:25). Este era el objetivo que Pablo perseguía y, por lo tanto, habló de la culpa y la perdición de judíos y gentiles, y declaró que todo el mundo es culpable ante Dios.

Congregación, este es el objetivo que Dios persigue cuando nos convence del pecado y de la miseria. El conocimiento de la miseria tiene como objetivo enseñarnos que solo hay un camino de salvación, a saber, el camino de la fe en Jesucristo. Calvino dice que Dios deja que sus amenazas y acusaciones caigan sobre nosotros como golpes de martillo, para que anhelemos la vida que Él nos ofrece en Jesucristo—él juzga que a Dios no le gustaría hacerlo de esta manera si no supiera que es la única forma.

La fe en Cristo no se puede separar del conocimiento de nuestro pecado y culpa ante Dios. Cuando usted ha llegado a considerarse una persona condenable ante Dios, recibirá el anuncio del evangelio con gozo y asombro. Solamente entonces el evangelio verdaderamente se convierte en un mensaje de salvación. De lo contrario, ¿por qué buscaría a Jesús y por qué creería en Él, si no siente nada de su culpa y miseria ante Dios?

“Para que toda boca se cierre y todo el mundo se sujete al juicio de Dios” (Romanos 3:19). ¡Ese es un mensaje bastante fuerte que él proclama aquí! Sin embargo, es un mensaje esencial. Somos rápidos a discutir y criticar a Dios de varias diferentes maneras. Job lo hizo también. Job incluso llegó al punto de decir: *“¡Quién me diera el saber dónde hallarlo! Yo iría hasta su silla”* (Job 23:3). Él quería comparecer ante el tribunal de Dios y llamarle a rendir cuentas. Pero cuando Dios apareció, su boca se cerró y él dijo: *“Mi mano pongo sobre mi boca”* (Job 40:4).

Uno puede utilizar grandes palabras, criticar a Dios y exclamar con los ateos que no hay Dios, pero en la presencia de Dios todos son silenciados. ¿Ha sido usted silenciado en la presencia de Dios? ¿Ya lo ha experimentado? ¿Ya no le quedan más argumentos para presentar? ¿Concuerda con Pablo cuando dice: *“los que hacen tales cosas son dignos de muerte”* (Romanos 1:32)?

Yo le ruego: ¡Mire a Jesús! Él guardó silencio cuando tuvo derecho a hablar. Podría haberse defendido y dicho: *“Dios, yo no cometí los pecados por los cuales tengo que sufrir; yo no incurrí en la deuda que debo pagar; yo no merecí el castigo que está sobre mí”*. Sin embargo, guardó silencio. *“Como cordero fue llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció y no abrió su boca”* (Isaías 53:7). ¿Por qué? Isaías dice: *“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él”* (Isaías 53:5).

Mire a este Jesús, usted que está en su miseria y tristeza; este Jesús que permaneció enmudecido: para poder lograr lo que Pablo predicó: *“Porque no me avergüenzo del evangelio de Cristo, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree”* (Romanos 1:16).

Amén.

Último Salterio: 65:2